



Al terminar el acto, que valió á Juan nuevas y mayores aclamaciones, el galán le abrazó conmovido, diciéndole:

—¿Lo ve usted? Siempre lo he dicho: ¡es usted un genio! Ha resultado lo que yo me figuraba desde que oí la lectura: un *exitazo* que nos asegura el cocido para toda la temporada.

Cuando terminó la comedia se repitió la ovación; las llamadas á escena fueron innumerables; infinitos los apretones de manos y los abrazos, y el nombre de Juan corría de boca en boca como el de un héroe popular.

El saloncillo se llenó de admiradores y amigos que estrujaban al poeta con sus manifestaciones de cariño. Entonces llegaron algunos críticos que regresaban del «Japonés» de aplaudir á la bella *Tomasa*, y, al enterarse de lo ocurrido, dijo uno de ellos, que no conocía á Juan ni de vista:

—Sí: ya decía yo que este muchacho tenía algo dentro.

Momentos después, Juan salió del teatro dirigiéndose precipitadamente á su casa, donde suponía que su mujer le aguardaba, presa de la natural impaciencia. La noche estaba fría; la nieve caía en espesos copos, y por las calles sólo circulaba algún trasnochador que marchaba á paso ligero, y algún sereno que, envuelto hasta los ojos en el pardo capotón, por resguardarse del frío y de la nieve, aparecía empotrado en un quicio de portal. Cuando el afortunado autor llegó á su casa, recordó que había olvidado la llave de la puerta de la calle, y ¡lo que era mucho peor! que no tenía los indispensables diez céntimos para el sereno, que era un animal con chuzo.

—¿Qué hacer?—pensó Juan.—Pues le diré que me abra y mañana le pagaré.—¡Serenos!—gritó.

—¡Va!—contestó la autoridad nocturna, saliendo de su escondite. —Haga usted el favor de abrirme... y mañana le pagaré...

—¿Mañana?—gruñó el sereno.—¿Y usted se figura que yo estoy aquí, pasando frío, para abrirle á usted la puerta de gratis?

—Hombre, usted dispense; es que no tengo suelto. —Pues haber cambiado antes de venir... ¡Estos mendigos!

No obstante, abrió la puerta, penetró Juan, el sereno cerró dando un tremendo portazo, y el poeta pensaba, mientras subía apresuradamente la escalera:

—Pues, señor, tantos aplausos, tantas aclamaciones, y si me descuido tengo que pasar la noche al raso... ¡por no tener diez céntimos!... ¡Oh, la glorial!...

MANUEL SORIANO

Comenzó la representación en medio del más profundo silencio. Desde las primeras escenas, el autor tuvo la fortuna de apoderarse del público, que, rectificando insensiblemente el juicio que tenía formado de la obra, no perdía sílaba ni detalle de cuanto escuchaba y veía. Al promediar el primer acto estalló una formidable salva de aplausos. Estaba roto el hielo. El monstruo, ya dominado, premiaba al novel autor una hábil y originalísima situación dramática, reveladora de una experiencia teatral de primer orden.

El galán joven, el que más chistes había hecho á costa de *El árbol caído*, palideció al oír aquellos aplausos.

—Pero, ¿esto es de veras?—preguntó á la dama, que en aquel momento se santiguaba, porque iba á hacer su primera salida.

—Hombre, yo creo que sí.—contestó la interrogada.

—Vamos; si aplauden *esto*, digo que el público es un animal.

Pero el público seguía demostrando, no su aprobación, sino su entusiasmo; porque aquello que, en opinión de los actores, era una *lata insoportable*, estaba resultando un éxito macho.

—Sigo creyendo que esto es muy malo,—repetía el galán, al que un *mutis* había valido una llamada á escena.

—Pues me parece que nos hemos equivocado,—le contestó la dama;—esto es dinero.

—¿Equivocado? ¡Sí, sí! Ya verá en el segundo acto, cuando el marqués descubre los amores de su hija con el ingeniero. ¡Floja nos la van á dar!

—Allá veremos.

A la terminación del acto se reprodujeron los vitores y las aclamaciones.

—¿Y ésta es la obra de un autor novel?—preguntaba un espectador.

—¡Cá, hombre!—contestaba otro.—¡Esto es de un *maestrajo*!

—¡Qué plan tan bien combinado!

—¡Qué hermosura, qué profundidad en el concepto! ¡Qué situación tan hondamente trágica!

Al comenzar el segundo acto, el público, siendo el mismo, tenía aspecto muy diferente.

El interés que la comedia despertaba, á medida que la trama íbase desarrollando, era cada vez mayor. El éxito crecía por momentos. Cuando llegó la escena en que el galán temía el desastre, ó cuando el marqués descubre los amores de su hija con el ingeniero, el entusiasmo de los *morenos* se desbordó con impetuosidad de huracán desencadenado. Los hombres aplaudían hasta destrozarse las manos; las señoras, puestas en pie en palcos y butacas, agitaban sus pañuelos con el febril entusiasmo de las grandes conmociones populares; y todos, á una voz, gritaban:

—¡El autor!... ¡El autor!...

Y arrastrado por el galán, que, pálido y convulso, no se daba cuenta de lo que sucedía, salió Juan á recibir aquel homenaje que le resarcía de toda la amargura de su calvario.



Acuarelas de RAMÓN TUSQUETS. (Roma).



Cuadro de ANDRÉS LARRAGA.

BELLAS ARTES

HACE viento, y para evitar que éste arrebate el sombrero, hay que agachar la cabeza y sujetar el ala de aquél con la enguantada mano; simpático movimiento que Andrés Larraga ha sorprendido; seguramente en alguno de los borrascosos días del pasado mes de Abril. La figura es elegante; la actitud no puede ser más espontánea, y un colorido sobrio y conciso atestiguan que la rapidez de la ejecución ha corrido parejas con la fugaz y bella visión.

Larraga, que es un excelente paisajista, puede permitirse el lujo de traspasar las fronteras de su campo, con no menos pericia que en el propio, como lo demuestra esta linda figurita, una de las mil que han salido de su donoso pincel.

Pocos enamorados de la naturaleza hemos conocido más sinceros que Segundo Matilla. Tiene para ella todos los íntimos é infinitos arrobamientos del alucinado, y se entrega á su pasión con aquella modestia que es propia del más puro platonismo.

No produce, estudia; y lo mismo estudia á la naturaleza como finalidad, que estudia los medios de expresar de un modo coherente sus impresiones. Así sucede que sus obras no tienen jamás un carácter decisivo, sino que aparecen más bien como preliminares de otras obras sucesivas, y, eterno estudiante, convierte en estudios transitorios hasta aquellos cuadros que presentan un aspecto bien determinado y resuelto.

Sus carteras están llenas de admirables apuntes, algunos tan maravillosamente acabados, que de ellos surge sin más rodeos la obra de arte. En sus grandes telas pone el mismo ardor ansioso de aquellos apuntes, y aún á su pesar nace la obra de arte, sin rebuscarla, sólo al calor del entusiasmo.

Un ejemplo de ello es la bellísima tela que reproducimos en la doble página central. Es el cielo y el mar de nuestras costas; el cielo cubierto de ligera neblina, con transparencias de un blanco plateado, y un mar azul terso como un espejo, cortado horizontalmente por las pausadas ondulaciones de las olas. En la playa, unos carros hacen su provisión de arena que sirve para mezclar á la argamasa de las construcciones de Barcelona, y son las únicas cosas vivientes que interrumpen la soberana majestad de la naturaleza.

Con esta encantadora sencillez de medios logra Matilla despertar una completa sensación de belleza.

El joven M. Videla Huici, discípulo de Gaspar Camps, asoma por primera vez á la vida pública del arte con el *Capricho* que va en la última página. Aunque se trata de un primer ensayo, échase de ver que el discípulo ha sabido ya aprovechar las lecciones del maestro.

FRANCISCO CASANOVAS

EXCMO. SR. D. JOSÉ MAESTRE VERA

GOBERNADOR CIVIL DE TARRAGONA.

HUO de familia acomodada y distinguida de la villa de Elda, provincia de Alicante, se educó en el Colegio de Escolapios de Yecla, terminando el Bachillerato en el Instituto de Murcia. Se trasladó á Valencia, en cuya Universidad siguió la carrera de Derecho, licenciándose en 1870, á la edad de 20 años. En el mismo año fué admitido en el acreditado despacho de don Miguel Amat y Maestre, que tenía abierto en Petril, Juzgado de Monovar. Bajo la dirección de este eminente letrado, empezó á ejercer la abogacía, y á los 21 años se inscribió en el indicado Juzgado de Monovar. Pronto se acreditó como hábil abogado, y al retirarse su maestro, el señor Amat y Maestre, del ejercicio de tan noble profesión, el bufete de nuestro biografiado continuó siendo, como el de aquél, uno de los más acreditados de los Juzgados de Monovar, Novelda y Villena, donde trabajaba. Sus éxitos se contaban por los asuntos que dirigía y no había negocio de importancia que no estuviese ofrecido á su dirección.

Acreditado desde muy joven como jurisconsulto consumado, sus aficiones le llevaron al campo político, afiliándose al partido liberal-conservador que capitaneaba en aquella provincia el gran patricio don Luis Santonja y Crespo, marqués de Villagrada, bajo cuya dirección ha reñido rudas batallas en la circunscripción de Alicante, donde ha tenido un numeroso grupo que siempre lo ha aclamado.

Sus amigos, á pesar de que sus clientes le aconsejaban no abandonar su despacho de letrado, lo



llevaron á los 26 años, á la Diputación provincial de Alicante, siendo ya nombrado en su primera elección, á propuesta en terna de la Diputación, por su amigo á quien siempre ha seguido sin desmayos, don Francisco Romero Robledo, vicepresidente de la Comisión provincial, cargo que desempeñó varios años á satisfacción de sus amigos y de sus adversarios, pues era el político de sus simpatías y del que se decía que tenía ángel. Luego fué elegido presidente de aquella alta corporación, siendo reeligido al terminar los dos años. Bajo su presidencia fueron votados senadores dos romeristas, en disidencia con el inolvidable Cánovas, únicos amigos que el señor Romero Robledo tuvo en el Senado. Ha seguido á este hombre público, y su lealtad y constancia han sido tales, que jamás le han podido vencer los cargos que se le han ofrecido, las contrariedades que ha experimentado y los desengaños que ha tenido. Siempre fiel á su jefe ha mirado con desdén los ofrecimientos hechos y con desprecio á los que se iban del lado de su jefe que tanto le debían.

Ha sido gobernador de varias provincias y hoy desempeña la de Tarragona á satisfacción de toda la provincia y de todo el Gobierno, estando completamente identificado con el presidente del Consejo de ministros, el Excelentísimo señor don Antonio Maura y con su predilecto amigo el Excelentísimo señor don Francisco Romero Robledo.

Fot. de Torres (Tarragona).

¡HERMANOS!

AQUELLA primorosa casita, colocada coquetonamente á la salida del pueblo y sobre un verde ribazo que dominaba gran extensión de terreno, era preciosa en verdad.

Su fachada, cuidadosamente teñida de color de rosa, desaparecía á trechos bajo los tupidos ramos de una frondosa madreselva que amorosamente dábanle estrecho abrazo. Sus bajas rejas y sus balconcitos de antepecho estaban pintados de blanco, y resguardábanlo de los ardores del sol unas persianas verdes, que contribuían á completar el simpático aspecto de aquella morada.

Sin embargo, cosa extraña, la casa estaba deshabitada, polvorienta,

y llenas de telarañas sus puertas y ventanas, y, á pesar de su inmejorable situación y de lo exiguo del alquiler, nadie se decidía á vivirla, ni lo que es más á visitarla siquiera, asegurándose muy formalmente que después de anochecido no pasaba un vecino del pueblo por aquellas inmediaciones que no se santiguase rápidamente y procurase alejar sus pasos de la risueña casita.

Corría el mes de Diciembre de 188... Un día en que el sol brillaba con más fuerza y en que el aire dor-

ma en sus ignoradas cavernas, el anciano cura del pueblo, acompañado de sus inseparables amigos, el boticario y el alcalde, salió á dar un paseo con objeto de estirar las piernas, entumidas por una larga semana de lluvias y vientos, y sobre todo para dar á conocer á don Restituto, nuevo médico del consejo municipal, las bellezas de la aldea y los sitios más pintorescos. Ya se había visitado el caudaloso salto de agua que ponía en movimiento una magnífica fábrica y dos ó tres molinos; habíase admirado la frondosidad de cierto barranco poblado de seculares castaños; y aquel día tocóle en suerte dirigir los pasos hacia el lugar de la coquetona casita de las persianas verdes. Despertóse, como era natural, la curiosidad de don Restituto por averiguar la causa de permanecer deshabitada tan preciosa casa, instalada en tan bello sitio; y el párroco, haciendo alfombra de la mullida hierba, hizo sentar á su lado á sus acompañantes y les habló de este modo.

Hace de esto muchos años; tantos, como que hacía dos ó tres que yo había cantado mi primera misa y seis meses que estaba destinado á esta parroquia; y sin embargo, los sucesos que voy á relatar á ustedes los tengo tan presentes como si se hubiesen desarrollado ayer mismo; tan grande fué la impresión que en mí alma produjeron.

Una mañana, muy temprano, instalóse en esta casita que había restaurada previamente, un matrimonio que por su gentileza, llamó mucho la atención, y cuyas bondades y sentimientos caritativos despertaron grandes simpatías. El era alto, moreno, fornido y de muy distinguidas maneras. Ella, dulce, somnoliente, delicada y de una belleza que más parecía trasunto del cielo que de criatura terrena y perecedera. Ambos hacían ostentación de gran lujo y, á juzgar por las apariencias profesábase mucho cariño. Veáseles á menudo salir juntos y dar grandes paseos por los alrededores del pueblo, volviendo luego á la casa, apoyada ella en el brazo del marido y dirigiéndose miradas llenas de pasión. La voz pública atribulaba una felicidad envidiable, y se les citaba como un matrimonio modelo. Decíase que pertenecían á una linajuda familia de la Corte, y que disgustos y ciertas enemistades políticas habíales hecho buscar un tranquilo refugio en esta sana y poética región.

Por aquellos tiempos ardía la primera guerra civil en España. Las partidas carlistas tenían en jaque al país y apenas pasaba día sin que se librasen sangrientos combates entre uno y otro bando, cuyas victorias atribulaban cristinos y facciosos, pagando el pueblo, como siempre, los vídrios rotos.

Uno de los cabecillas más activos y de quien la tradición contaba más horrores, era el joven conde X..., ayudante que fué de Cabrera, que hacía tiempo merodeaba por las inmediaciones del pueblo, y cuyas avanzadas nos habían sacado *velis-nolis*, más de una vez raciones y subsidios.

Una noche, habíase retrasado más que de costumbre la partida diaria de tresillo que sosteníamos con el dueño de la casita de color de rosa, en la tertulia del médico; su antecesor de usted, don Restituto. El tiempo mostrábase amenazador, estábamos á fines de Octubre, y el cordónazo de San Francisco azotaba que era un gusto nuestros campos. Don Eladio, que así se llamaba el morador de la pintoresca casita, comprendió el camino para su vivienda, completamente solo y confiado en la honradez de los naturales del país, y en la corta distancia que tenía que recorrer. Cuando llegó á su casa iba completamente mojado por el terrible chaparrón que caía. La presencia de un caballo enjaezado militarmente, atado á un árbol, y una especie de fatal intuición, hizo aproximarse á uno de los bajos balconcitos de antepecho; — á aquel precisamente que tenemos delante, — dijo el cura extendiendo el índice de su mano derecha; — y el espectáculo que presencié le hizo rugir de espanto y de dolor. Su esposa, su joven y adorada Pura, encontrábase sentada en un diván del comedor, abandonada dulcemente en brazos de un desconocido que la colmaba de caricias, á las que ella no permanecía indiferente. Aquel hombre era lo que suele llamarse un real mozo; usaba rizada barba, y sus grandes ojos negros tenían gran expresión. Vestía un extraño uniforme gris obscuro, con vivos celestes; franja dorada en el pantalón, dos



MATERNIDAD — Cuadro de VICENTE NICOLAU CUTANDA.

entorchados en la bocamanga, faja encarnada ceñía su cintura, y cubría su cabeza con una boina azul con larga borla de hilillo de oro. Altas botas de montar, con espuelas, y un sable corvo de caballería, con tirantes de charol y portaplegos, completaban su militar al paso que elegante atavío. Era el jefe de la fuerza carlista que hacía tiempo operaba por aquella zona.

Don Eladio, ciego de furor, no quiso ver más; separó las persianas y saltó como un tigre dentro de la habitación, cuchillo de monte en mano; allí, aprovechando el estupor del primer momento, cayó sobre el general carlista y de un solo corte le degolló; después hundió ferozmente el arma por dos veces en el pecho de Pura. Aquello había pasado tan rápidamente que nadie se había apercebido; á más de que las víctimas, por lo imprevisto y simultáneo de la agresión, no habían tenido tiempo de defenderse ni de exhalar un solo grito. El conde X... había muerto casi instantáneamente. Pura se agitaba en las convulsiones que preceden á la agonía.

Alzando sus ojos, ya empañados por la muerte, extendió la mano con unos papeles á su marido y exclamó con voz entrecortada y débil: — ¡Te perdono, esposo mío! Ese hombre es mi hermano, mi hermano del alma á quien no veía desde mi niñez. No he dejado un momento de amarte ni de ser honrada. Esos documentos te lo probarán. Ahora, adiós; adiós hasta la eternidad. »

Un golpe de tos cortóle la palabra y un ligero estremecimiento indicó que aquella mártir había dejado de existir.